

SÓFOCLES

EDIPO REY

Guía didáctica y traducción de

JULIA M^a GARCÍA MORENO

Introducción de

M. ACOSTA ESTEBAN

© Julia M^a. García Moreno

© Prósopon. Festivales de Teatro Grecolatino

I.S.B.N.: 84-95122-96-6

Depósito Legal: SA-1575-02

Impreso en España

Imprime: Kadmos

Maquetación: PDFsur S.C.A

A mis padres, que me transmitieron su admiración
y respeto por el mundo grecolatino.

ÍNDICE

Introducción	9
Guía Didáctica.....	15
<i>Edipo rey</i>	23

INTRODUCCIÓN

Edipo rey, obra maestra de la madurez de Sófocles, presenta como ninguna otra los rasgos que definen su arte. El destino humano está en manos de unos dioses que se manifiestan a través de los oráculos, aunque éstos induzcan a equívocos al hombre, que, en su ignorancia, no los sabe interpretar. Así le pasa a Edipo, que cree haber eludido los horribles vaticinios que le advierten de que matará a su padre y tendrá relaciones incestuosas con su madre. Para evitarlo, ha huido de Corinto, en cuya casa real se crió amado por los que cree sus progenitores. Favorables circunstancias -eso piensa él, la ironía trágica que tan magistralmente sabe emplear Sófocles se extiende a todos los elementos de la obra- lo han convertido en rey de Tebas, y ahora tiene que emprender una investigación, en el transcurso de la cual descubrirá su verdadera identidad y el cumplimiento de su destino.

Aristóteles, por las veces que la pone como ejemplo en su *Poética*, tenía un alto concepto de esta tragedia. Al

filósofo le impresionaba su perfecta construcción. Ese coherente encaje de todas las piezas, fruto de la plena madurez del autor, responde también a la naturaleza del argumento. En efecto, se trata, sin que ni Sófocles ni el resto de los griegos lo supieran, de la primera trama policíaca en la historia de la literatura: el protagonista tiene la misión de desvelar al culpable de un crimen, y emprende sus pesquisas recurriendo a pistas y testigos. Y lo más sorprendente es el desenlace: el detective resulta ser el asesino.

Claro que todo ello se reviste con ambiente propio de la época: una devastadora epidemia de peste asola la ciudad de Tebas, igual que en el canto I de la *Ilíada* es diezmado el ejército aqueo. A Edipo, que accedió al trono vacante por matrimonio con la viuda reina, ofrecidos ambos como recompensa a quien librara a Tebas de la sanguinaria esfinge, le corresponde salvar de nuevo a la ciudad. Llega su cuñado Creonte de consultar al oráculo de Delfos y comunica que Apolo ha enviado la plaga como castigo por el asesinato no vengado del rey anterior, Layo. Edipo, en un monólogo donde aflora claramente la ironía trágica, lanza al desconocido delincuente una sarta de maldiciones e improperios.

Da comienzo la investigación: se sabe que Layo murió en el transcurso de un viaje a Delfos; pero mientras se indaga el paradero del único testigo del hecho, se requiere la ayuda de Tiresias, quien, gracias a su arte

adivinatoria, lo sabe todo. Éste no está muy dispuesto a colaborar, pero al fin cede a las amenazas declarando que el asesino de Layo es el propio Edipo: un tebano tenido por extranjero que, además, es reo de infandos delitos contra natura.

Tan increíbles delaciones provocan la incredulidad de Edipo, que sospecha una conspiración entre el adivino y Creonte para despojarle del trono a favor del último. Interviene su esposa Yocasta, quien, para tranquilizarlo, le insta a no hacer caso de profecías: ya resultó fallida la referente a su difunto marido, la cual aseguraba que sería asesinado por su propio hijo; éste había sido puesto a buen recaudo a los tres días de su nacimiento, y a Layo lo mataron unos bandidos en una encrucijada. Estas palabras, dichas para tranquilizar, obtienen el efecto contrario: Edipo recuerda que justamente él tuvo un altercado en una encrucijada y dio muerte a un hombre y varios de sus acompañantes en defensa propia. Pide detalles y ve que coinciden; el único servidor superviviente confirmará o desmentirá sus temores.

Llega un anciano mensajero de Corinto con la noticia de que ha muerto el rey, padre de Edipo, el cual se alegra porque, al menos, no verá cumplida parte del odioso vaticinio -otra vuelta de tuerca a la ironía trágica-. Pero he aquí que el propio mensajero lo desengaña: puede asegurar que Pólibo no era su verdadero padre, pues fue él mismo quien recogió, siendo un joven pastor en el

monte Citerón, a un niño desahuciado que le confió un servidor de Layo. Dicho niño fue adoptado por la pareja real, que no conseguía descendencia; dicho niño es Edipo.

Llegados a este punto, Yocasta ha comprendido la verdad y suplica a Edipo no siga adelante en sus pesquisas. Es otro rasgo de la técnica de Sófocles: el héroe protagonista resalta su carácter valiente y decidido por contraste frente al de otro personaje, pusilánime y acomodaticio. Así pues Edipo, a un paso de la verdad cuya búsqueda ha emprendido, no vacila en confirmarla hasta las últimas consecuencias y manda venir al que entregó al niño. Éste resulta ser la misma persona que sobrevivió a la matanza en que halló la muerte Layo -otro admirable recurso constructivo-. El desenlace es conocido; tras el careo entre los dos siervos y el interrogatorio al segundo, todos los cabos se atan y todas las predicciones se han cumplido: Edipo es, en efecto, el asesino de Layo, su padre, después de lo cual casó con su propia madre. Sólo queda el feroz castigo que Edipo y Yocasta se infligen a sí mismos.

Esta apasionante obra ha suscitado en los tiempos modernos diversas interpretaciones que, en realidad, no tratan de explicar las verdaderas razones del autor. La más famosa de todas ellas es la del psiquiatra Sigmund Freud: fiel a sus teorías psicoanalíticas, cree que el mito es la manifestación del subconsciente colectivo, y éste

en concreto es el exponente más claro de una reprimida tendencia inserta en la psique masculina: el amor apasionado por la madre y, por consiguiente, el odio al padre. Por eso bautizó este conjunto de sentimientos soterrados con el nombre de complejo de Edipo. Resulta sorprendente la coincidencia de Yocasta, que dice que muchos hombres, en sueños, matan a su padre y tienen relaciones sexuales con su madre.

Sea o no cierta esta teoría, el mensaje deliberado de Sófocles, ignorante de la misma, parece ser el siguiente: en unos tiempos de crisis de los valores tradicionales -se fecha el estreno en los primeros años de la guerra del Peloponeso, cuando la peste tan magistralmente descrita por Tucídides había provocado nefastas consecuencias morales- cuando los ilustrados tratan de explicarlo todo racionalmente, hay que reafirmar lo que se ha venido creyendo hasta ahora: existen los dioses y manejan el destino humano, los hombres no tienen más remedio que plegarse a sus designios aunque no sean capaces de entenderlos. El caso de Edipo es ejemplar: provoca la *catharsis* o purificación de los espectadores, muchos de los cuales sufren las consecuencias de la guerra y la epidemia, pero contemplan algo igual o peor.

¿Pero por qué es tan absurdo el destino? Edipo no se merece tan cruel desgracia, aunque Aristóteles la atribuye a un “fallo” (ἀμαρτία). Esta palabra no tiene que designar algo consciente, y puede referirse a una culpa

heredada. Esquilo habría compuesto una trilogía en que la primera pieza trataría el tema de Layo, que engendró a pesar de la prohibición divina, y esa culpa se iría transmitiendo a través de las generaciones hasta ser pagada, como pensaba la mentalidad arcaica. Pero Sófocles abandonó el método de la trilogía ligada porque le interesaba más el destino individual que la causa del mismo. Además, no hay que buscar explicaciones exteriores, en sucesos previos cuyas consecuencias se desarrollen aquí, ya que en la misma obra explica Yocasta que los dioses habían advertido claramente a Layo cuál sería su castigo: si tenía un hijo, este hijo lo mataría y se casaría con la madre. Edipo, pues, aparece como ciego instrumento de la venganza divina. A pesar de lo cual, tiene que pagar cruelmente el involuntario delito con las mismas niñas de sus ojos.

Con este título se completa la edición en esta colección de la que, de hecho, forma la trilogía tebana del autor, integrada por *Antígona*, *Edipo rey* y *Edipo en Colono*.

GUÍA DIDÁCTICA

Para profundizar en el estudio de la obra, puedes elaborar un trabajo que responda a las preguntas incluidas en este cuestionario. Según los casos, debes consultar la anterior Introducción o manuales especializados sobre Grecia (literatura, historia del pensamiento, religión, mitología, etc.) o requerir la ayuda de tu profesor.

1. Lee detenidamente esta obra y constata la existencia de los siguientes elementos: párodo, estásimos, éxodo, prólogo, episodios, agón, epílogo. ¿Cuáles son cantados y cuáles son recitados? Compara esta estructura con la de una pieza dramática que conozcas.

2. Es evidente que Yocasta y Edipo exhiben un talante diferente ante el suceso origen de la epidemia que aflige a la ciudad de Tebas. Describe someramente ambas posturas. ¿Existe un contraste

semejante de caracteres en otras obras sofocleas? De ser así, di en cuáles y razona tu respuesta ¿Cuál de los dos personajes crees que ofrece el perfil del héroe trágico?

3. Seguramente has oído hablar del llamado “complejo de Edipo” ¿Crees que Sigmund Freud habría leído la obra de Sófocles? También existe el “complejo de Electra”. Defínelo y explica el porqué de esta denominación.

4. Completa la historia de los Labdácidas con la información que te brindan otras tragedias de Sófocles que tienen como protagonistas a miembros de esta familia.

5. ¿Era frecuente el infanticidio en la antigua Grecia? Compara la situación de la infancia en la Antigüedad con la realidad actual y expresa tu opinión al respecto.

6. Valiéndote de la información adquirida a través de la lectura de esta pieza y de otras fuentes bibliográficas, describe cómo se desarrollaba en Grecia el culto a los dioses ¿Han pervivido algunos de estos rituales?

7. Expón lo que conozcas acerca de los sistemas para predecir el futuro existentes en la Antigüedad y busca similitudes o diferencias con lo que sucede en la actualidad.

8. El coro tiene un papel muy importante en la dramaturgia griega. Busca información sobre este tema y señala qué diferencia existía entre los coros en la tragedia y en la comedia. Explica también qué papel desempeña en la tragedia el corifeo.

9. Identifica y sitúa en un mapa de Grecia los topónimos citados en esta obra.

10. Haz un listado de los dioses que se mencionan a lo largo de toda esta obra y de los epítetos a ellos aplicados.

SÓFOCLES

EDIPO REY

PERSONAJES

Edipo.

Sacerdote.

Creonte.

Coro de ciudadanos de Tebas.

Tiresias.

Yocasta.

Mensajero de Corinto.

Criado.

Mensajero Tebano.

EDIPO REY

EDIPO.- Hijos, reciente descendencia del antiguo Cadmo, ¿por qué adoptáis estas actitudes coronados con ramos de súplica? En tanto, la ciudad está colmada de incienso a la vez que de peanes y gemidos. Por no estimar justo informarme a través de otros mensajeros, acá he venido, hijos, en persona, yo, el por todos llamado ilustre Edipo. Habla pues, anciano, que te corresponde hablar en nombre de éstos ¿Por qué adoptáis esta postura? ¿Por temor o por deseo de algo? Mi deseo sería socorreros en todo, pues sería de despiadado no conmoverse por esta escena.

SACERDOTE.- Oh Edipo, soberano de mi tierra, ves con qué edades nos arrodillamos ante tus altares, los unos aún no tienen vigor para volar lejos, los otros sacerdotes somos, abrumados por los años; yo, de Zeus; éstos de aquí, seleccionados de entre nuestra juventud. El resto, coronado con ramos de súplica, postrado está en las plazas, ya junto a los dos templos de Palas, ya junto a las proféticas cenizas del Ismeno, pues la ciudad, como tú mismo ves, está en exceso agi-

tada y no puede alzar la cabeza de los abismos del sangriento oleaje; se consume en los feraces frutos de sus campos, se consume en los rebaños que pacen y en los estériles alumbramientos de sus mujeres. Sobre la ciudad se ha abatido y la acosa la deidad que provoca la fiebre, la peste, por obra de la cual se vacía la mansión de Cadmo y el sombrío Hades se colma de gemidos y lamentos. No porque te igualemos a un dios nos presentamos ante ti como suplicantes yo y estos niños, sino porque te consideramos el primero de entre los mortales en los avatares de la vida y en los sucesos procedentes de los dioses, a ti que, llegado a la ciudad cadmea, nos liberaste del tributo que pagábamos a la cruel cantora, y esto sin haber recibido información ni instrucciones de nosotros; con el auxilio de algún dios se dice y cree que enderezaste nuestra vida.

Ahora, caro Edipo, el más poderoso a juicio de todos, hálleos algún remedio, te suplicamos vueltos todos hacia ti, bien por haber oído la voz de algún dios, bien por conocerlo a través de un mortal, pues sé que el éxito se sustenta sobre todo en el consejo de hombres con experiencia. ¡ Ea! Tú, el mejor de los hombres, endereza la ciudad, protégela, pues esta tierra te proclama su salvador por tu pasado celo. No vayamos a recordar tu poder por habernos levantado para caer después, sino endereza esta ciudad de modo firme. Con felices auspicios en otro tiempo nos proporcionaste fortuna, cómporate de igual forma ahora. Así, si has de guiar esta

tierra como la gobiernas, mejor es hacerlo con hombres que vacía. Ningún valor tienen ni fortaleza ni nave desiertas, sin hombres que dentro habiten.

EDIPO.- Hijos desdichados, a mí habéis acudido con deseos por mí sabidos y no desconocidos. Bien sé que todos sufrís, y aunque sufráis no hay ninguno de vosotros que sufra igual que yo, pues vuestro dolor recae sobre uno solo, cada uno sobre uno de vosotros, y no sobre otro; en cambio mi corazón sufre por la ciudad, por mí y por vosotros al mismo tiempo. De modo que no me despertáis hallándome sumido en un sueño, tened por seguro que mucho ya he llorado y que muchos caminos he recorrido en el vagar de mis cavilaciones. El único remedio que encontré en mí, tras mucho meditar, lo he puesto en práctica: al hijo de Meneceo, a Creonte, mi propio cuñado, lo envié a la pítica mansión de Febo para informarse de qué puedo hacer o decir para salvar a esta ciudad. Y al computar hoy con el tiempo transcurrido, me inquieta lo que le haya sucedido, pues está ausente más tiempo del normal, más de lo conveniente. Pero, cuando llegue, sería yo un malvado si no hiciera cuanto me haya manifestado el dios.

SACERDOTE.- Oportunamente hablaste, porque éstos me hacen señas de que ya se aproxima Creonte.

EDIPO.- Soberano Apolo, ojalá venga con fortuna salvadora, radiante como su semblante.

SACERDOTE.- Contento está a lo que parece, o no vendría con la cabeza coronada de fecundo laurel.

EDIPO.- Presto lo sabremos, pues está a una distancia desde la que puede oírme. Príncipe, cuñado mío, hijo de Meneceo, ¿qué respuesta nos traes de parte del dios?

CREONTE.- Una excelente, pues afirmo que incluso las desdichas, si consiguen una feliz salida, pueden convertirse en ventura.

EDIPO.- Pero ¿cuál es su respuesta? Pues, hasta este momento, con tus palabras ni estoy confiado ni temeroso.

CREONTE.- Si deseas oírlo delante de éstos, estoy dispuesto a hablar, y si quieres, entremos dentro.

EDIPO.- Habla en presencia de todos, pues mayor pesar tengo por ellos que por mi propia vida.

CREONTE.- Te diré cuanto escuché del dios. El soberano Febo nos ordena con claridad expulsar del país la infección criada en esta tierra, y no alentarla hasta que se haga incurable.

EDIPO.- ¿Con qué rito purificadorio? ¿Qué tipo de males?

CREONTE.- Expulsando a un hombre o eliminando muerte con muerte, pues esta sangre azota como una tempestad a la ciudad.

EDIPO.- ¿Quién es el hombre del que se menciona este suceso?

CREONTE.- Señor, en otro tiempo fue Layo soberano de nuestra tierra, antes de que tú gobernases esta ciudad.

EDIPO.- Lo sé de oídas, pues nunca lo vi.

CREONTE.- Muerto éste, ahora nos ordena el dios con toda precisión que se castigue a los culpables.

EDIPO.- ¿En qué tierra están ellos? ¿Dónde se encontrará el oscuro rastro de un antiguo crimen?

CREONTE.- En esta tierra, dijo. Lo que se busca es posible encontrarlo, en cambio se pierde aquello de lo que uno se despreocupa.

EDIPO.- Pero Layo sucumbió de este crimen ¿en palacio, en el campo o en otro país?

CREONTE.- Habiendo partido a consultar el oráculo, según dice, ya no regresó a palacio después de su salida.

EDIPO.- ¿Y no lo vio ningún mensajero ni compañero de viaje cuyos informes pudieran servirnos?

CREONTE.- Han muerto todos, salvo uno que huyó espantado y, de lo que vio, no supo decir más que una sola cosa.

EDIPO.- ¿Cuál? Pues una sola cosa haría saber muchas si consiguiéramos una ligera base para nuestra esperanza.

CREONTE.- Dijo que se toparon con él unos bandidos y que le dieron muerte con la fuerza no de una sola, sino con la de multitud de manos.

EDIPO.- ¿Y cómo el bandido, a no ser que hubiera sido sobornado desde aquí, habría llegado a tal extremo de osadía?

CREONTE.- Eso parecía, pero muerto Layo, no surgió nadie que lo vengara en medio de las desgracias.

EDIPO.- Caído de este modo el soberano, ¿qué desgracia os impidió descubrir esto?

CREONTE.- La enigmática Esfinge nos llevaba a lo que teníamos ante nuestros pies, dejando de lado lo obscuro.

EDIPO.- Pues yo lo pondré en claro otra vez desde su origen. Es en verdad digno de Febo y también de ti proponer esta tarea en pro del muerto, de modo que con razón me veréis como aliado para vengar a esta tierra a la vez que al dios. Y no por amigos lejanos, sino por mí mismo alejaré esta impureza, pues quienquiera que fuese el que lo mató, quizás quiera atentar contra mí con igual violencia. Por consiguiente, al socorrer a Layo actúo en mi propio interés. Ea, hijos, levantaos al punto de esas gradas y alzad esos ramos de suplicantes, y que otro convoque aquí al pueblo de Cadmo, seguros de que yo haré cuanto esté en mi mano. Con la ayuda del dios, o salimos victoriosos o pereceremos.

SACERDOTE.- Hijos, levantémonos, pues aquí acudimos en busca de lo que éste proclama. Ojalá Febo, que nos envió esta profecía, venga a salvarnos y a poner término a la peste.

CORO.-

(Estrofa 1)

*Oh dulce voz de Zeus, ¿con qué intención llegaste a la
ilustre Tebas desde Pito rica en oro? Aterrado estoy,
sacudido de terror mi temeroso corazón, oh Delio
Peán ¿Qué nueva obligación, nueva o renovable cíclicamente,
me dictas? Dímelo, vástago de la dorada
Esperanza, voz inmortal.*

Antístrofa 1

A ti en primer lugar te invoco, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, de esta tierra protectora, a Ártemis, que se asienta en el ilustre trono circular de nuestra ágora, y al flechador Febo. Mostraos los tres ante mí como protectores. Si antaño, cuando se precipitó sobre la ciudad la primera calamidad, apartasteis lejos el azote de la plaga, acudid también ahora.

Estrofa 2

¡Ay de mí! Un sin número de desdichas soporto. Todo mi pueblo está enfermo y no hay arma de la mente con la que defenderlo. Ni crecen los frutos de la ilustre tierra, ni soportan acervos dolores las mujeres en sus partos. Cual ave de rauda vuelo se puede ver a uno que en pos del otro se precipita, con más fuerza que el fuego infatigable hacia la ribera del dios vespertino.

Antístrofa 2

Diezmada la ciudad se consume; abandonados, sin que nadie los llore, yacen en la llanura sus hijos, portadores de muerte, mientras las esposas y las encanecidas madres, al pie de los altares, por doquier suplicantes, se afligen por sus funestos pesares. Resplandece el peán al unísono con lastimeros sonos. En pro de ellos, dorada hija de Zeus, envía placentero alivio.

Estrofa 3

Y al violento Ares, que ahora sin bronce de escudos me abrasa y acomete con estrépito, hazle huir a la carre-

ra fuera de mi patria, ya hacia el amplio lecho de Anfítrite, ya hacia los inhóspitos puertos del mar tracio. Pues si la noche deja algo, con el día esto viene a cumplirse. A ese, oh padre Zeus que resplandeciente dominas el poder del refulgente relámpago, hazlo perecer con la fuerza de tu rayo.

Antístrofa 3

Soberano Licio, quisiera yo que de las cuerdas trenzadas en oro de tu arco salieran en mi auxilio dardos invencibles, y los ígneos destellos de Ártemis, con los que recorre los montes de Licia. Invoco al dios de la dorada mitra, epónimo de esta tierra, a Baco de vino-sa faz, que se acompaña del evoé, al compañero de las Ménades, para que acuda resplandeciente con antorchas contra el dios sin honra entre los dioses.

EDIPO.- Suplicas, pero respecto a lo que suplicas, si deseas aceptar mis palabras tras escucharme y poner remedio a la epidemia, podrás hallar ayuda y alivio a tus males. Ajeno a esta historia hablaré, ajeno a lo sucedido, pues yo solo no podría seguir el rastro lejos, sin tener ninguna pista. Y ahora, ya que soy el último en acceder a la ciudadanía, ante vosotros, la totalidad de los cadmeos, proclamo lo siguiente: A quienquiera que de entre vosotros sepa a manos de qué hombre pereció Layo, hijo de Lábdaco, a ése le suplico que me lo revele todo; y, si tiene temor, que aparte de sí la acusación, pues no sufrirá ningún daño, sino que se aleja-

rá indemne del país. Y si alguien sabe que de otro país es el asesino, que no calle, pues le pagaré una recompensa y contará además con mi agradecimiento. Pero si calláis, si alguien por temor aparta de un amigo o de sí mismo este bando, es preciso que escuchéis lo que haré a propósito de ello. Ordeno públicamente que a ese hombre ninguno de este país, cuyo poder y trono ocupo, le acoja; que nadie le dirija la palabra, que no participe en las súplicas y sacrificios a los dioses ni se le admita en las purificaciones; que todos lo aparten de sus casas, como impureza que es para todos nosotros, ya que así me lo acaba de revelar la pítica profecía del dios. De esta forma resulto ser aliado del dios y del muerto. En cuanto al que cometió el delito, hago votos para que, tanto si él solo o en unión de otros ha quedado oculto, arrastre de mala manera el malvado una vida malhadada. Y pido que, si compartiera mi hogar en palacio sin saberlo yo, sufra también las maldiciones que acabo de pronunciar. Y a vosotros os conmino a que cumpláis todo esto por mí, por el dios y por este país, que se consume sin frutos y sin dioses. Pues aunque el asunto no hubiera sido ordenado por un dios, tampoco sería natural que, habiendo muerto un hombre excelente, vuestro soberano, lo dejaseis sin expiación; habríais debido emprender investigaciones. Pero en el presente, ya que yo gobierno con el poder que él tenía antes y tengo su tálamo y su esposa y cónyuge, e incluso tendría común descendencia de hijos comunes si no se hubiera malogrado su linaje -en verdad sobre

su poder se precipitó la mala suerte- por todo esto, como si de mi propio padre se tratara, lo defenderé y llegaré hasta el final para capturar al autor de la muerte del hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro, biznieto de Cadmo y tataranieta de Agénor.

Y suplico a los dioses que, a quienes no cumplan esto, no les broten cosechas de la tierra, ni hijos de sus mujeres, sino que perezcan de esta peste o de otra peor aún.

Y a vosotros, los demás cadmeos a quienes esto os parece justo, que Dike sea vuestra aliada y estén eternamente con vosotros todos los dioses.

CORIFEO.- Como me atrapaste con maldiciones, hablaré, soberano. Ni yo lo maté, ni puedo señalar al que lo hizo. De quien encargó la investigación, de Febo, era competencia decir quién lo hizo.

EDIPO.- Bien has dicho, pero ningún hombre podría obligar a los dioses a lo que no quieren.

CORIFEO.- Te podría decir cuál es mi parecer en segundo lugar, después de esto.

EDIPO.- Incluso si es en tercer lugar, no dejes de decirlo.

CORIFEO.- Sé que estas cosas las ve como Febo el augusto Tiresias, de quien se podría obtener informaciones muy precisas en esta investigación.

EDIPO.- Tampoco lo dejé por hacer; a instancias de Creonte, despaché dos mensajeros; me extraña que no esté aquí desde hace tiempo.

CORIFEO.- En verdad, el resto son historias obscuras y antiguas.

EDIPO.- ¿Cuáles son? Pues examino cualquier historia.

CORIFEO.- Se dijo que murió a manos de unos viajeros.

EDIPO.- También yo lo he escuchado, pero nadie conoce al que los vio.

CORIFEO.- Si tiene algo que temer, no se habrá quedado quieto tras oír tus maldiciones.

EDIPO.- Quien no tiene temor al obrar, tampoco tiene miedo a las palabras.

CORIFEO.- Pero hay quien lo delatará, pues éstos traen ya hacia aquí al divino vidente, el único de entre los hombres para quien es innata la verdad.

EDIPO.- ¡Oh Tiresias, que todo lo ves, lo que se puede enseñar y lo innombrable, lo celestial y lo terrenal! Aunque no ves, sin embargo te das cuenta de con qué plaga coexiste la ciudad. A ti solo, señor, te hallamos para protegerla y salvarla.

TIRESIAS.- ¡Ay, ay! ¡Cuán terrible es darse cuenta cuando no reporta beneficio a quien se da cuenta! Bien sabía yo eso y lo olvidé, no debería haber venido aquí.

EDIPO.- ¿Qué sucede? ¡Cuán desanimado llegas!

TIRESIAS.- Déjame que vuelva a mi casa; pues mejor llevarás tú lo tuyo y yo lo mío, si me haces caso.

EDIPO.- Ni justas ni favorables para la ciudad que te crió son tus palabras, si nos niegas tu vaticinio.

TIRESIAS.- Tampoco veo que tus palabras sean oportunas; así que para que no me suceda a mí lo mismo...

EDIPO.- Por los dioses, no te des la vuelta si lo sabes, ya que todos ante ti nos postramos en actitud de súplica.

TIRESIAS.- Estáis todos locos; yo nunca revelaré mis males con tal de no decir los tuyos.

EDIPO.- ¿Qué dices? ¿Sabiéndolo no lo dirás, y tienes la intención de traicionarnos y destruir a la ciudad?

TIRESIAS.- Yo no causaré dolor ni a ti ni a mí. ¿Por qué me preguntas esto en vano? De mí no obtendrás ninguna información.

EDIPO.- Malvado entre los malvados, capaz serías de irritar a una piedra. ¿No hablarás ya? ¿Te seguirás mostrando tan impasible e inflexible?

TIRESIAS.- Me echas en cara mi obstinación y no ves la que habita en ti, sino que me insultas.

EDIPO.- ¿Quién no se encolerizaría al escuchar palabras como éstas con las que ahora menosprecias a esta ciudad?

TIRESIAS.- Eso llegará, aunque yo lo tape con mi silencio.

EDIPO.- Lo que ha de llegar también es preciso que me lo digas.

TIRESIAS.- No hablaré más. Ante eso, si quieres, déjate llevar por la más salvaje cólera.

EDIPO.- En verdad, de lo encolerizado que estoy no omitiré nada de lo que sé. Sabe que en mi opinión tú has maquinado y ejecutado el crimen, aunque no lo realizaras con tus manos. Y si pudieras ver, diría que era obra de ti solo.

TIRESIAS.- ¿De verdad? Te conmino a que te atengas a la proclama que proferiste: que a partir de este día, ni yo ni éstos te dirijamos la palabra, porque eres el impuro mancillador de esta tierra.

EDIPO.- ¿Con qué desvergüenza has proferido estas palabras? ¿Dónde crees que podrás refugiarte?

TIRESIAS.- Estoy en seguro, pues me alimento de la verdad, que es poderosa.

EDIPO.- ¿De quién la aprendiste? Desde luego, no de tu arte.

TIRESIAS.- De ti, porque a pesar mío me forzaste a hablar.

EDIPO.- ¿Qué has dicho? Dilo otra vez, para que me entere mejor.

TIRESIAS.- ¿No te enteraste antes? ¿Acaso tratas de que hable?

EDIPO.- No de manera que pueda decir que me enterase bien; dímelo otra vez.

TIRESIAS.- Digo que tú eres el asesino, el hombre que tratas de encontrar.

EDIPO.- No me insultarás por segunda vez con tanta alegría.

TIRESIAS.- ¿He de decir otras cosas, para que te encolerices más aún?

EDIPO.- Cuanto quieras, pues en vano será dicho.

TIRESIAS.- Afirmo que, sin darte cuenta, con tus seres más queridos tienes tratos vergonzosos y que no ves en qué grado de desdicha te hallas.

EDIPO.- ¿Piensas que vas a seguir diciendo estas cosas con impunidad?

TIRESIAS.- Sí, si algún valor tiene la verdad.

EDIPO.- Lo tiene, salvo en tu caso. Para ti no existe, pues ciego estás de oído, de mente y de vista.

TIRESIAS.- Y tú eres un desgraciado al reprocharme lo que todos éstos en breve te reprocharán a ti.

EDIPO.- Vives en una noche eterna, de manera que ni a mí ni a ningún otro que vea la luz podrás nunca dañar.

TIRESIAS.- No te hará sucumbir el destino por mediación mía, se basta Apolo para ejecutar esto.

EDIPO.- ¿Obra de Creonte, o tuya son estas invenciones?

TIRESIAS.- No te daña Creonte, sino tú mismo.

EDIPO.- ¡ Oh riqueza, realeza y arte que al arte supera en esta vida de rivalidad llena! ¡Cuánto rencor se alberga en nuestro seno si por este poder que la ciudad me confió como regalo, sin reclamárselo yo, el leal

Creonte, el amigo desde el principio, desea derrocar-me atacándome sin dar la cara, tras haber sobornado a este mago marrullero, mentiroso embaucador, que tan sólo entre dinero ve mientras que es ciego en lo que a su arte respecta!

Porque habla ya: ¿En qué ocasión resultaste un adivino certero? ¿Cómo, cuando estaba aquí la perra cantora, no comunicaste a estos ciudadanos algo que les liberase? En verdad descifrar el enigma no era tarea del primero que llegara, sino que requería arte adivinatorio. Y era evidente que tú no la poseías, ni a través de las aves ni por saberlo gracias a algún dios. En cambio yo, Edipo, llegué y, sin saber nada, acabé con ella; lo logré con mi inteligencia, sin haberlo aprendido de las aves. A ése tú ahora intentas derrocar, pensando que así te sentarás junto al trono de Creonte. Me parece que con lágrimas tú y quien esto ha tramado lo vais a expiar. Y, si no me parecieras un anciano, sufriendo te darías cuenta de lo que has planeado.

CORIFEO.- En nuestra opinión, sus palabras han sido pronunciadas con ira, pero también las tuyas, Edipo. Pero no es esto lo que se precisa, sino ver de qué modo podamos cumplir de la mejor forma posible lo dicho por el oráculo del dios.

TIRESIAS.- Aunque seas rey, al menos he de igualarme a ti a la hora de responder, pues a esto también yo

tengo derecho, ya que no estoy a tu servicio, sino al de Loxias, de forma que no me hallo inscrito bajo el patronazgo de Creonte. Voy a hablar, ya que me has reprochado mi ceguera. Tú tienes el don de la vista, pero no ves el grado de desgracia en que te encuentras, ni dónde habitas, ni con quiénes convives. ¿Sabes acaso de quiénes procedes? Y no te percatas de que eres odioso para los tuyos, tanto para los vivos como para los muertos; y la maldición de doble golpe de tu padre y de tu madre te va a expulsar de este país, a ti que tan bien ves ahora y que luego verás obscuridad. ¿Cuál no será el refugio de tu gemido? ¿Qué Citerón no retumbará cuando te des cuenta del himeneo, puerto inhóspito al que arribaste aunque tuviste una feliz singladura? Y no conoces el sinnúmero de otros males que te igualarán con tus hijos. Ante esto, sigue injuriando a Creonte y a mis palabras, pues no existe ningún mortal que vaya a arrastrar una existencia peor que la tuya.

EDIPO.- ¿Es que se puede soportar escucharle esto? ¿No te morirás ya? ¿No te irás por donde has venido, lejos de esta casa?

TIRESIAS.- No habría venido yo si tú no me hubieras llamado.

EDIPO.- No sabía que fueras a decir insensateces, o seguro que no te habría hecho venir a mi casa.

TIRESIAS.- Soy, tal como te parezco, un loco; en cambio, para los progenitores que te dieron el ser, estoy cuerdo.

EDIPO.- ¿Para quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS.- Este día te dará el ser y te hará perecer.

EDIPO.- ¡Cuán enigmático y obscuro es todo lo que dices!

TIRESIAS.- ¿Es que no eres tú el mejor para descubrir enigmas?

EDIPO.- Échame en cara eso por lo que me halles grande.

TIRESIAS.- En verdad, esa circunstancia es la que te ha perdido.

EDIPO.- No me importa, si así salvé a la ciudad.

TIRESIAS.- Me iré entonces. Tú, esclavo, guíame.

EDIPO.- Que te lleve, pues tu presencia me estorba e irrita y, si te alejas, no me causarás más dolor.

TIRESIAS.- Me iré tras decir aquello por lo que vine, sin temor a tu persona, pues no tienes forma de des-

truirme. Te lo vuelvo a decir: Ese hombre al que desde hace tiempo buscas entre amenazas y proclamas como asesino de Layo, ése está aquí; según se cree, es un extranjero, un meteco, pero luego se descubrirá nacido en Tebas y no se alegrará con el hecho. Ciego tras haber sido vidente, mendigo tras haber sido rico, se encaminará a tierras extrañas guiándose con un bastón. Y se descubrirá de sus hijos hermano y padre al mismo tiempo, hijo y esposo de la mujer que le dio el ser y adúltero del lecho de su padre, además de su asesino. Entra dentro y medita sobre estas cosas y, si me coges en falsedad, di que no sé nada de profecías.

CORO.-

(Estrofa 1)

¿Quién es el que dice la profética roca de Delfos que cometió la más inefable de las acciones con asesinas manos? Hora es de que en su huida mueva sus pies con más vigor que los caballos raudos como el huracán. Pues, armado con fuego y relámpagos, contra él se precipita el hijo de Zeus, al que acompañan las terribles e implacables Furias.

(Antístrofa 1)

Pues hace poco se apareció, centelleando desde el nevado Parnaso, una voz que ordena seguir por doquier el rastro del desconocido. Bajo el agreste bos-

que, sobre cuevas y rocas va y viene, semejante a un toro, desdichado con desdichado caminar, tratando de esquivar las profecías del ombligo de la tierra; pero éstas, siempre vivas, vuelan en torno suyo.

(Estrofa 2)

De forma terrible, terriblemente me ha turbado el sabio adivino, al que ni doy crédito ni rehusó creer. No sé qué decir; embargado de esperanza, vuelo sin ver lo de aquí ni lo de detrás. ¿Qué contienda hubo entre los Labdácidas y el hijo de Pólipo? Nunca, ni antes ni ahora, supe nada en que pueda basarme para ir contra la opinión general sobre Edipo, erigiéndome en vengador de las obscuras muertes de los Labdácidas.

(Antístrofa 2)

Sabios son Zeus y Apolo, y conocedores de las cosas de los mortales. Que de entre los hombres un adivino sea superior a mí es una afirmación dudosa, pues con sabiduría puede un hombre superar la sabiduría de otro. Jamás yo, antes de ver que es correcta la profecía, daría mi aprobación a los reproches. A la vista de todos vino contra él la alada doncella y en la prueba se le vio sabio y amigo de la ciudad; nunca mi corazón lo hallara culpable de maldad.

CREONTE.- Ciudadanos, sabedor de las terribles acusaciones que contra mí lanza Edipo, comparezco ante vosotros indignado. Si piensa que en la situación pre-

sente ha sufrido algún daño por mi causa, de palabra o de hecho, no tengo deseo alguno de vivir más tiempo con este baldón; pues para mí el castigo de esta acusación no es banal, sino muy grave, si voy a ser tildado de malvado en la ciudad por ti y por los amigos.

CORIFEO.- Quizás esa injuria vino provocada más por la cólera que por la reflexión del pensamiento.

CREONTE.- ¿Se dijo con claridad que el adivino, persuadido por mis maquinaciones, pronunció palabras falaces?

CORIFEO.- Eso se dijo, no sé con qué objetivo.

CREONTE.- ¿Pero con aspecto normal y en su sano juicio lanzó esa acusación contra mí?

CORIFEO.- No lo sé, pues no investigo lo que hacen los poderosos. Pero he aquí que sale en persona fuera de palacio.

EDIPO.- ¡Eh, tú! ¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Tienes una cara tan dura como para llegar bajo mi techo, siendo a todas luces el asesino de este hombre y el ladrón manifiesto de mi trono? Habla ya, por los dioses. ¿Por percibir en mí cobardía o locura decidiste actuar así? ¿Pensabas que no me daría cuenta de que la intriga progresaba con sigilo doloso, o que no me

defendería si me enteraba? ¿No es acaso absurda tu intentona, tratar de apoderarte del trono sin gente y amigos, cosa que sólo se consigue con el apoyo del pueblo y con dinero?

CREONTE.- ¿Sabes lo que se ha de hacer? Escucha tú mismo mi respuesta a lo dicho por ti y luego, tras haberte enterado, juzga tú mismo.

EDIPO.- Hábil eres tú para hablar, en cambio yo soy torpe para entender, pues he descubierto que me eres hostil e insoportable.

CREONTE.- Con respecto a eso mismo, escucha ahora primero, pues te lo voy a decir.

EDIPO.- De eso mismo no me hables, de que no eres un malvado.

CREONTE.- Si crees que la obstinación sin reflexión es un don, no estás en tu sano juicio.

EDIPO.- Si piensas que atentando contra un pariente no recibirás castigo, tampoco tú estas en tu sano juicio.

CREONTE.- Estoy de acuerdo contigo en que has dicho cosas justas. Pero indícame qué sufrimiento dices padecer.

EDIPO.- ¿Me trataste de convencer o no me trataste de convencer de que enviase a alguien en busca del venerable adivino?

CREONTE.- Y todavía ahora soy de esa opinión.

EDIPO.- ¿Cuanto tiempo hace ya desde que Layo...

CREONTE.- ¿Hizo qué? No comprendo.

EDIPO.- ...desapareció a consecuencia de mortal atentado?

CREONTE.- Muchos y lejanos años se podrían contar.

EDIPO.- En aquel tiempo, ese adivino ya ejercía su oficio.

CREONTE.- Con igual sabiduría y prestigio.

EDIPO.- ¿Me mencionó en aquel entonces?

CREONTE.- En ninguna ocasión, al menos estando yo cerca.

EDIPO.- ¿No efectuasteis ninguna investigación sobre el muerto?

CREONTE.- Desde luego que la efectuamos, y nada oímos.

EDIPO.- ¿Y cómo ese sabio no dijo entonces nada de esto?

CREONTE.- No lo sé. Respecto a lo que no conozco, prefiero callar.

EDIPO.- Un tanto sabes y, si tuvieras buenas intenciones, hablarías.

CREONTE.- ¿De qué se trata? Pues si lo sé, no lo negaré.

EDIPO.- Que, si no estuviera confabulado contigo, jamás habría dicho que la muerte de Layo era cosa mía.

CREONTE.- Si esto dice, tú eres el que lo sabes. En cuanto a mí, considero justo obtener de ti las mismas informaciones que tú obtienes ahora de mí.

EDIPO.- Pregunta una y otra vez, que no seré hallado asesino.

CREONTE.- ¿Estás casado con mi hermana?

EDIPO.- No es posible negar lo que preguntas.

CREONTE.- ¿Gobiernas el país conjuntamente con ella, y con el mismo poder?

EDIPO.- Cuanto ella desea, de mí lo obtiene.

CREONTE.- ¿Y no me igualo yo a vosotros dos, en tercer lugar?

EDIPO.- En eso precisamente te revelas como un mal amigo.

CREONTE.- No si, como yo a ti, me concedieras la palabra. Examina esto primero: si crees que alguien preferiría mandar con miedo antes que dormir sin temor, al menos si iba a poseer el mismo poder. Pues yo no anhele más ser rey que actuar como rey, ni ningún otro que sepa tener juicio. Y ahora de ti obtengo todo sin miedo; por el contrario, si yo personalmente gobernara, haría muchas cosas en contra de mi voluntad. ¿Cómo va a serme más agradable el trono que el gobierno y el poder sin penas? Aún no soy tan insensato como para desear algo que no sea honores con beneficio. Ahora todos me saludan, todos me reciben con agrado, a mí se dirigen los que desean algo de ti, pues así les es posible conseguir todo. ¿Cómo, perdiendo esto, iba yo a aceptar aquello? Una mente que está en su sano juicio no puede echarse a perder. Ni anhele este plan, ni me atrevería a ello en unión con otro que lo pusiera en práctica.

Y, como prueba de ello, ve a Delfos y averigua si te comuniqué fielmente los vaticinios. Además, si

encuentras que yo he conspirado con el adivino, dame muerte no con un voto en este sentido, sino con dos, el tuyo y el mío. Pero por noticias vagas no me acuses, pues ni es justo considerar a los malvados personas de bien sin motivo ni a éstos malvados. Afirmo que es igual perder un buen amigo que la propia vida, que es lo que más se ama. Pero con el tiempo se verá esto con claridad, ya que sólo el tiempo delata a un hombre justo, mientras que a uno malvado es posible reconocerlo en un solo día.

CORIFEO.- Bien ha hablado para quien rehuye equivocarse, rey, pues los rápidos de pensamiento no son seguros.

EDIPO.- Cuando rápido avanza quien contra mí conspira a escondidas, es preciso que a mi vez yo tome decisiones con rapidez. Si aguardo sin hacer nada, sus planes tendrán éxito y los míos fracasarán.

CREONTE.- ¿Qué pretendes? ¿Arrojarme fuera del país?

EDIPO.- De ninguna manera. Tu muerte, no tu destierro deseo, para que demuestres lo que es el odio.

CREONTE.- Hablas como alguien que no tiene intención ni de ceder ni de prestar crédito.

EDIPO.- *****

CREONTE.- Bien veo que no estás en tu juicio.

EDIPO.- Lo estoy en lo que a mí respecta.

CREONTE.- Deberías estarlo también respecto a lo mío.

EDIPO.- Tú eres un traidor.

CREONTE.- ¿Y si no supieras nada?

EDIPO.- Con todo, hay que gobernar.

CREONTE.- No si mal se gobierna.

EDIPO.- ¡Oh ciudad, ciudad!

CREONTE.- También yo formo parte de la ciudad, no sólo tú.

CORIFEO.- Deteneos, señores: oportunamente veo que desde palacio viene a vuestro encuentro Yocasta; con su ayuda es preciso resolver la presente disputa.

YOCASTA.- ¿Por qué emprendisteis, desgraciados, esta insensata disputa? ¿No os avergonzáis de remover vuestras miserias particulares cuando el país se halla postrado por la peste? Entra tú dentro de palacio y tú,

Creonte, a casa, no vayáis a provocar un gran duelo por una nadería.

CREONTE.- Hermana: Edipo, tu esposo, pretende atentar contra mí, aplicando uno de estos dos castigos: expulsarme de mi patria o apresarme y darme muerte.

EDIPO.- Lo reconozco, mujer, pues le sorprendí atentando contra mi persona con artimañas.

CREONTE.- Que no tenga yo gozo alguno, sino que muera maldito, si te he causado alguna de las cosas que me acusas de haberte hecho.

YOCASTA.- Por los dioses, Edipo, créelo por respeto en primer lugar al juramento prestado a los dioses, y en segundo lugar por respeto también a mí y a los que están junto a tu lado.

(Estrofa 1)

CORO.- *Haz caso, señor, de buen grado y ten sensatez, te lo suplico.*

EDIPO.- *¿En qué quieres que ceda?*

CORO.- *En respetar a éste, que antes no era un necio y ahora es grande por el juramento prestado.*

EDIPO.- *¿Sabes lo que pides?*

CORO.- *Lo sé.*

EDIPO.- *Explica qué quieres decir.*

CORO.- *Que a un pariente querido no lo acuses ni deshonres por una oscura historia.*

EDIPO.- *Sabe bien que, al pedir esto, pides mi ruina o mi destierro de este país.*

CORO.-

(Estrofa 2)

¡No, por el dios de entre todos los dioses el primero, por Helio! ¡Tenga yo la peor muerte, abandonado de dioses y amigos, si tuviera ese pensamiento! La ruina del país me consume el alma, desdichado de mí, por temor a que desdichas por causa de vosotros dos se agreguen a las antiguas desdichas.

EDIPO.- *Que se vaya ése, aunque yo haya de perecer sin remedio o ser expulsado violentamente, sin honra, de este país. De tus lastimeras palabras, no de las tuyas me apiado. Él, donde quiera que se halle, me será odioso.*

CREONTE.- *Está claro que cedes con rencor pero, cuando superes la cólera, te sentirás pesaroso. Caracteres como el tuyo son los que más dolor se causan a sí mismos.*

EDIPO.- ¿No me dejarás y te irás de aquí?

CREONTE.- Me iré sin conseguir que me comprendas, aunque para éstos siga siendo igual.

(Antístrofa 1)

CORO.- *Mujer, ¿por qué te demoras en conducirlo dentro de palacio?*

YOCASTA.- *Para saber qué ha acontecido.*

CORO.- *Una creencia incierta surgió a partir de algunas historias, pero también lo que no es justo les aflige.*

YOCASTA.- *¿Por ambas partes?*

CORO.- *Sí.*

YOCASTA.- *¿Pero cuál era la historia?*

CORO.- *Suficiente a mí, suficiente me parece dejar el asunto donde terminó, estando el país sumido en tanta aflicción.*

YOCASTA.- *¿Ves a dónde has llegado? Siendo un hombre de buen juicio, abandonas mi causa y embotas mi corazón.*

CORO.-

(Antístrofa 2)

Te lo he dicho, señor, no una sola vez: sabe que me mostraría yo como un ser insensato y privado de razón si me apartara de ti, que enderezaste a mi país cuando se agitaba sumido en calamidades. ¡Ojalá seas también ahora su guía!

YOCASTA.- Por los dioses, señor, dime también a mí por qué motivo estás tan encolerizado.

EDIPO.- Te lo diré. Pues por ti siento mayor respeto que por éstos, por Creonte y por lo que ha urdido en mi contra.

YOCASTA.- Habla, si es que acusándole vas a explicar con precisión la disputa.

EDIPO.- Afirma que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA.- ¿Lo supo él personalmente, o lo ha sabido por otro?

EDIPO.- Me envió un maligno adivino, pues sus propias palabras me dejan libre.

YOCASTA.- Despreocúpate de lo que dices, escúchame y sabe que no hay mortal que tenga dote adivinatoria alguna en lo que a ti respecta. Te voy a mostrar seña-

les de ello de forma breve. Llególe a Layo un oráculo, no del mismo Febo, sino de sus sacerdotes, de que sería su destino morir a manos del hijo que nacería de él y de mí. Pero, según el rumor, le asesinaron unos bandidos extranjeros en una encrucijada de tres caminos; en cuanto al niño, no habían pasado tres días desde su nacimiento cuando Layo lo arrojó a un monte inaccesible por mano de otros, con los pies atados. Entonces no logró Apolo que aquél se convirtiera en asesino de su padre, ni que Layo, como era su temor, muriera a manos de su hijo. Tales cosas determinaron las profecías de los adivinos, a las que no debes echar cuenta en lo más mínimo; lo que un dios descubre que es preciso, lo revela él mismo sin más.

EDIPO.- ¡Qué desconcierto de espíritu y agitación de corazón se ha apoderado de mí, cuando hace un momento te escuchaba!

YOCASTA.- ¿Qué preocupación te turba para decir esto?

EDIPO.- Me ha parecido oírte que Layo fue asesinado junto una triple encrucijada.

YOCASTA.- Eso se dijo y no ha dejado aún de decirse.

EDIPO.- ¿Conoces tú el lugar en el que tuvo lugar ese suceso?

YOCASTA.- El país se llama Fócide y el camino, que se divide en dos, conduce desde Daulia hasta el mismo Delfos.

EDIPO.- ¿Y qué tiempo ha pasado desde eso?

YOCASTA.- Un poco antes de que tú aparecieses y te hicieras con el poder del país, se hizo público esto en la ciudad.

EDIPO.- ¡Oh, Zeus! ¿Qué has decidido hacer conmigo?

YOCASTA.- ¿Qué es lo que te preocupa, Edipo?

EDIPO.- No me hagas preguntas ahora. ¿Qué aspecto tenía Layo y qué edad tenía?

YOCASTA.- Era alto, comenzaban ya a blanqueársele las sienes, su figura no difería mucho de la tuya.

EDIPO.- ¡Ay de mí! Me parece que, sin saberlo, hace un momento he proferido contra mí mismo terribles maldiciones.

YOCASTA.- ¿Qué dices? Temo mirarte, señor.

EDIPO.- Mucho me descorazona el temor de que el adivino viera bien. Tú me lo vas a aclarar más, si una sola cosa me explicas.

YOCASTA.- En verdad tengo miedo pero, si lo sé, contestaré a lo que preguntes.

EDIPO.- ¿Iba solo o con mucha escolta, como corresponde a un jerarca?

YOCASTA.- Cinco eran en total y entre ellos había un heraldo; una sola carroza conducía Layo.

EDIPO.- ¡Ay! ¡Ay! Esto está ya claro. Mujer, ¿quién fue el que os contó la historia?

YOCASTA.- Un sirviente, que fue el único que se salvó y regresó.

EDIPO.- ¿Acaso se encuentra ahora en palacio?

YOCASTA.- De ningún modo. En cuanto llegó y vio que tú detentabas el poder a la muerte de Layo, me suplicó, cogiéndome la mano, que lo enviase al campo a pastorear los rebaños, a fin de estar alejado de esta ciudad. Y yo lo envié, pues, aunque esclavo, era un hombre merecedor de una merced como ésta y aún mayor.

EDIPO.- ¿Cómo podría comparecer ante nosotros enseñuida?

YOCASTA.- Eso es fácil, pero ¿para qué lo quieres?

EDIPO.- Temo, mujer, haber dicho demasiadas cosas; quiero verlo.

YOCASTA.- Vendrá, pero también yo merezco saber lo que te desazona, señor.

EDIPO.- No te verás de ello privada, una vez que a tal grado de zozobra he llegado, pues ¿a quién mejor que a ti podría hablar, cuando atravieso tal incertidumbre? Mi padre era Pólipo, el corintio, y mi madre la doria Mérope. Era tenido por el más importante de los ciudadanos de allí hasta que me aconteció el siguiente suceso, digno de admiración, aunque no de preocupación por mi parte: en un banquete, un individuo pasado de bebida dijo por efecto del vino que yo no era verdadero hijo de mi padre. Yo, afligido, apenas me contuve ese día y, al siguiente, me llegué junto a mi madre y mi padre y les interrogué. Ellos llevaron muy a mal la afrenta proferida por él. Yo me quedé satisfecho con sus respuestas, pero sin embargo, la afrenta me seguía molestando, pues se había extendido mucho. A escondidas de mi padre y de mi madre, me encaminé a Delfos y Febo me despachó sin obtener lo que allí me había llevado. En cambio, me reveló otras desdichas terribles y lamentables, diciendo que me habría de unir a mi madre y que haría visible un linaje odioso a los hombres, y que sería el asesino del padre que me engendró.

Yo, al oír esto, calculando a partir de ese momento por las estrellas la situación de la tierra corintia, huí hacia donde jamás viera cumplidas las infamias de mis funestos oráculos. Caminando llegué a los parajes en los que tú dices que murió el rey. A ti, mujer, te voy a decir la verdad: cuando en mi viaje estaba cerca de esa triple encrucijada, me topé con un heraldo y un hombre montado en una carroza tirada por caballos, como tú dices. El cochero y el propio anciano me empujaron con violencia fuera del camino y yo, al que me había empujado, al cochero, lo golpeé llevado por la ira. El anciano, cuando lo ve desde el carro, aguardando a que pasara a su lado, me golpeó en medio de la cabeza con dos pinchazos de su lanza. Pero no obtuvo igual castigo; golpeado con un bastón por mi mano, cae de espaldas desde lo alto de la carroza y rueda por tierra. A todos les di muerte. Si con ese extranjero tenía Layo algún parentesco, ¿qué hombre es ahora mas desgraciado que yo? ¿Qué hombre existiría más odioso a los dioses? A ninguno, ni extranjero ni ciudadano, le está permitido acogerme ni dirigirme la palabra, sino que han de expulsarme de sus casas. Y no fue ningún otro, sino yo, quien profirió estas maldiciones contra mí mismo. Con mis manos, por las que pereció, mancillo el lecho del muerto. ¿Es que no soy un ser malvado? ¿Es que no soy absolutamente impuro, si he de partir al destierro y durante mi destierro no me está permitido ver a los míos, ni pisar mi patria, so pena de unirme en matrimonio a mi madre y matar a mi padre,

Pólibo, que me crió y dio el ser? ¿Es que no tendría razón quien juzgase que esto es obra de una deidad cruel contra mí? ¡De ninguna manera, de ninguna manera, santa veneración divina, llegue yo a ver ese día! ¡Desaparezca yo de la vista de los hombres antes de verme alcanzado por tal mancha de desdicha!

CORIFEO.- Para nosotros, señor, esto es angustioso; pero, hasta que no lo sepas del que lo presenció, ten esperanza.

EDIPO.- Tan sólo esa esperanza me resta, aguardar al pastor.

YOCASTA.- Y cuando comparezca, ¿cuál es tu deseo?

EDIPO.- Te lo explicaré: si se encuentra que dice lo mismo que tú, yo me vería libre del tema.

YOCASTA.- ¿Qué historia extraña me escuchaste?

EDIPO.- Afirmaste que él declaró que lo mataron unos bandidos. Si ahora dice el mismo número, yo no lo maté, ya que uno solo no es lo mismo que muchos. Por el contrario, si nombra a un hombre que iba solo, es ya evidente que este hecho me es imputable.

YOCASTA.- Ten claro que esa versión fue la que se hizo pública y no puede desmentirla, pues toda la ciudad,

no yo sola, esto escuchó. Y si se apartara de su anterior relato, señor, no revelaría que sea correcto atribuirte la muerte de Layo, a quien Loxias dijo que habría de matarle un hijo mío. En verdad, aquel desdichado no le mató, sino que él mismo murió antes. De forma que yo, en lo sucesivo, por una profecía no voy a volver mi mirada ni a un sitio ni a otro.

EDIPO.- Bien razones; pero, con todo, haz llamar al pastor y no lo olvides.

YOCASTA.- Lo haré venir de inmediato, pero entremos en palacio. Nada haré que no sea de tu agrado.

CORO.-

(Estrofa 1)

¡Ojalá me acompañe la suerte de tener venerable pureza en todas mis palabras y obras! Sobre ellas rigen leyes sublimes, engendradas en el éter celestial, cuyo único padre es el Olimpo, no las engendró la mortal naturaleza de los hombres, ni las adormecerá el olvido; un gran dios en ellas reside que nunca envejece.

(Antistrofa 1)

La soberbia engendra al tirano. La soberbia, si vanamente se harta hasta la saciedad de lo que ni es oportuno ni conveniente tras haberse encaramado a lo más alto de la cima, se precipita al más triste destino, donde no le son de ninguna utilidad los pies. Las

luchas que reportan bienes para la ciudad suplico al dios que no cesen; nunca dejaré de tener como patrón a ese dios.

(Estrofa 2)

Si alguien marcha con insolencia de obra o de palabra, sin temor de Dike, sin respetar las sedes de los dioses, que le atrape un funesto sino en pago a su infortunada arrogancia; lo mismo si no obtiene beneficio de forma lícita, y no se aparta de la impiedad, o neciamente se apodera de cosas sagradas. ¿Qué hombre en estas circunstancias se jactaría de apartar de su alma los dardos de los dioses? Si acciones semejantes son merecedoras de honra, ¿por qué debo tomar parte en un coro?

(Antístrofa 2)

Ya no iré más en actitud de respeto hacia el sagrado ombligo, ni al templo de Abas, ni a Olimpia, si esto no se cumple a la vista de todos los mortales. Pero, ¡oh poderoso Zeus!, si correctamente escuchas y todo lo gobiernas, que no te pase inadvertido, ni a ti ni a tu poder eternamente inmortal. Pues las antiguas profecías acerca de Layo se consumen y disipan ya, y en ningún lugar se muestra Apolo con honor. La religión se deteriora.

YOCASTA.- Señores del país, soy de la opinión de llegarme a los templos de los dioses portando estas coro-

nas y perfumes en mis manos, pues el corazón de Edipo está en exceso excitado con todo tipo de cuitas, y no conjetura cual hombre cuerdo la nueva situación por la anterior, sino que depende de quien le hable, con tal de que mencione cosas pavorosas. Dado que nada logro con mis consejos, acudo a ti, Apolo Licio, puesto que eres el más próximo, en son de suplicante con rogativas, a fin de que nos procures una solución purificadora. Pues ahora todos estamos temerosos al verlo aturdido, cual timonel de una nave.

MENSAJERO.- ¿De vosotros, extranjeros, podría saber dónde está el palacio del rey Edipo? Y sobre todo decidme dónde está, si lo sabéis.

CORIFEO.- El palacio es éste, extranjero, y dentro está él. Ésta es su mujer y la madre de sus hijos.

MENSAJERO.- Dichosa sea ella y los que con ella están, siendo su legítima esposa.

YOCASTA.- Lo mismo para ti deseo, extranjero, pues a ello eres acreedor por tu amabilidad, pero dime por qué has llegado y qué quieres comunicarme.

MENSAJERO.- Buenas noticias para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA.- ¿Cuáles son éstas? ¿De dónde llegas?

MENSAJERO.- De Corinto. La historia que te contaré probablemente te alegre -¿cómo no?- aunque quizás te aflijas.

YOCASTA.- ¿Cuál es? ¿Cómo tiene esa doble potencialidad?

MENSAJERO.- Los habitantes de la tierra ístmica lo van a proclamar rey, según se decía por allí.

YOCASTA.- ¿Cómo? ¿No es aún su soberano el anciano Pólipo?

MENSAJERO.- De ninguna manera, ya que la muerte lo mantiene en su sepulcro.

YOCASTA.- ¿Cómo dices? ¿Ha muerto Pólipo?

MENSAJERO.- Merezca yo morir si no digo la verdad.

YOCASTA.- Criada, ¿no irás enseguida a comunicárselo al amo? ¡Ay, profecías de los dioses! ¿Dónde estáis? Hace tiempo que Edipo, por temor de matar a ese hombre, se exilió, y ahora ha muerto a manos de la fortuna, no suya.

EDIPO.- Mi muy amada esposa Yocasta, ¿por qué me has hecho venir aquí desde palacio?

YOCASTA.- Escucha a este hombre y, tras escucharlo, observa a dónde han ido a parar las venerables profecías del dios.

EDIPO.- ¿Quién es éste, y qué quiere decirme?

YOCASTA.- Viene de Corinto para anunciarte que tu padre Pólipo ya no existe, que está muerto.

EDIPO.- ¿Qué dices, extranjero? Sé tú mismo el que me lo explique.

MENSAJERO.- Si es preciso que te comunique esto con precisión, ten por seguro que aquél ha muerto.

EDIPO.- ¿Víctima de una emboscada, o de resultados de una enfermedad?

MENSAJERO.- Un leve ataque rinde los cuerpos ancianos.

EDIPO.- Por una enfermedad pereció, a lo que parece, el desdichado.

MENSAJERO.- Y por haber cumplido muchos años.

EDIPO.- ¡Ay! ¡Ay! ¿Por qué iba alguien a prestar atención, mujer, al altar de la Pitia adivina o al graznar en el cielo de las aves, según los cuales yo habría de

matar a mi padre? Pero él, muerto duerme ahora bajo tierra; y yo estoy aquí, sin haberlo tocado con mi lanza, a no ser haya perecido por añorarme; en ese caso, habría muerto por mi causa. En fin, Pólipo se ha llevado consigo estas profecías, que nada valen, y yace en el Hades.

YOCASTA.- ¿No te lo predije yo hace tiempo?

EDIPO.- Lo dijiste, pero yo estaba confundido por el miedo.

YOCASTA.- Nada de eso albergues ya en tu corazón.

EDIPO.- ¿Y cómo no me ha de angustiar lo del matrimonio con mi madre?

YOCASTA.- ¿Por qué habría de tener temor el hombre al que domina el azar y para el que no existe previsión clara de nada? Lo mejor es vivir al azar, como se pueda. Respecto a la unión con tu madre no tengas temor, pues muchos son ya los hombres que en sueños han tenido relaciones con sus madres. Pero a quien nada de esto le importa, ése tiene una vida fácil.

EDIPO.- Bien habrías dicho todo esto si no estuviera viva la que me parió, pero, como aún vive, es fuerza que tema, aunque hayas hablado acertadamente.

YOCASTA.- Gran alivio es el sepulcro de tu padre.

EDIPO.- Grande, soy consciente de ello, pero temo a la que está viva.

MENSAJERO.- ¿A qué mujer temes tanto?

EDIPO.- A Mérope, anciano, la que con Pólibo vivía.

MENSAJERO.- ¿Qué es lo que de ella te causa pavor?

EDIPO.- Una terrible profecía del dios, extranjero.

MENSAJERO.- ¿Se puede decir o no es lícito que otro la conozca?

EDIPO.- Se puede decir. Loxias dijo que yo habría de unirme a mi propia madre y verter con mis manos la sangre de mi padre. Por ello habito lejos de Corinto desde hace tiempo; me va bien, pero sin embargo me sería más agradable contemplar los rostros de mis padres.

MENSAJERO.- ¿Por ese temor partiste al exilio desde allí?

EDIPO.- Por no querer convertirme en asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO.- ¿Por qué, señor, no te he liberado yo de ese temor, ya que vine con buena predisposición?

EDIPO.- Sin duda obtendrás de mí digna recompensa.

MENSAJERO.- Con ese fin precisamente vine, para, regresado tú a tu patria, gozar de buena posición.

EDIPO.- Jamás iré junto a mis progenitores.

MENSAJERO.- Está claro que no sabes lo que haces.

EDIPO.- ¿Qué, anciano? Por los dioses, explícamelo.

MENSAJERO.- Si por eso rehuyes regresar a tu casa.

EDIPO.- Por temor a que Febo me resulte certero.

MENSAJERO.- ¿Es que heredaste alguna lacra de tus progenitores?

EDIPO.- Eso es precisamente, anciano, lo que me atemoriza.

MENSAJERO.- ¿No sabes que temes sin razón alguna?

EDIPO.- ¿Cómo no, si soy hijo de esos padres?

MENSAJERO.- Porque no tienes ningún parentesco con Pólipo.

EDIPO.- ¿Cómo dices? ¿Pues no me engendró Pólipo?

MENSAJERO.- No más que este hombre que está aquí,
sino lo mismo.

EDIPO.- ¿Cómo el que me dio el ser va a ser igual al
que no?

MENSAJERO.- Como que ni aquél ni yo te dimos el ser.

EDIPO.- ¿Por qué entonces me llamaba hijo?

MENSAJERO.- Porque, entérate, te recibió de manos
mías como un regalo.

EDIPO.- ¿Y habiéndome recibido de manos de otro,
cómo me amó tanto?

MENSAJERO.- A ello le persuadió su anterior carencia
de hijos.

EDIPO.- ¿Y tú, habiéndome comprado o encontrado por
casualidad, me entregaste a él?

MENSAJERO.- Te encontré en los boscosos valles del
Citerón.

EDIPO.- ¿Por qué deambulabas por esos parajes?

MENSAJERO.- Entonces estaba al cuidado de un reba-
ño en las montañas.

EDIPO.- ¿Eras pastor y andabas de un lado para otro a jornal?

MENSAJERO.- En aquel momento fui tu salvador, hijo.

EDIPO.- ¿Y qué dolor tenía, cuando me cogiste en tus brazos?

MENSAJERO.- Las articulaciones de tus pies te darán prueba de ello.

EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿Por qué mencionas ese antiguo mal?

MENSAJERO.- Te liberé con las puntas de los pies horadadas.

EDIPO.- ¡Terrible afrenta recogí de mis pañales!

MENSAJERO.- Como que por este hecho recibiste el nombre que tienes.

EDIPO.- ¡Por los dioses! ¿Fue obra de mi padre o de mi madre? Dímelos.

MENSAJERO.- No lo sé, el que te entregó lo sabe mejor que yo.

EDIPO.- ¿Es que me recibiste de otro y no me hallaste casualmente tú mismo?

MENSAJERO.- No, sino que otro pastor te entregó a mí.

EDIPO.- ¿Quién es ése? ¿Me lo puedes decir?

MENSAJERO.- Uno de los pastores de Layo, se decía.

EDIPO.- ¿Del antiguo rey de este país?

MENSAJERO.- Sin duda, de ese hombre era pastor.

EDIPO.- ¿Está aún vivo, como para que yo lo pueda ver?

MENSAJERO.- Vosotros, que vivís aquí, lo sabréis mejor.

EDIPO.- ¿Hay alguno de vosotros, de entre los que os encontráis aquí, que conozca al pastor que dice, que lo haya visto en el campo o aquí? Comunicádmelo, pues es tiempo de averiguar esto.

CORIFEO.- Pienso que no es otro que el del campo, el que antes tratabas de ver. Pero Yocasta, que aquí está, te lo podrá decir mejor.

EDIPO.- ¿Conoces, mujer, al que hace poco mandamos a buscar? ¿Es el que éste dice?

YOCASTA.- ¿Qué importa a quién se refiera? No te preocupes. De las bobadas que se han dicho no quieras ni acordarte.

EDIPO.- No sucederá que, poseyendo estos indicios, no aclare mi origen.

YOCASTA.- Por los dioses, si en algo te preocupa tu vida, no investigues eso, que ya he sufrido yo suficientemente.

EDIPO.- Ten ánimo; pues, aunque se revele que soy hijo de esclava de tercera generación, tu no parecerás de mala estirpe.

YOCASTA.- Con todo, hazme caso, te lo suplico; no hagas eso.

EDIPO.- No te haré caso en lo de no saber esto con precisión.

YOCASTA.- Porque te quiero bien, te digo lo mejor para ti.

EDIPO.- Pues eso tan bueno desde hace tiempo me atormenta.

YOCASTA.- ¡Desdichado, ojalá nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO.- Que vaya alguien y me traiga aquí al pastor. Dejad que ésta se regocije de su opulento linaje.

YOCASTA.- ¡Ay, ay, desdichado! Esto solo puedo decirte, en adelante ya no te diré nada más.

CORIFEO.- ¿Por qué se ha ido, Edipo, tu mujer, atormentada por un salvaje dolor? Temo que de su silencio estallen desdichas.

EDIPO.- Que estalle lo que quiera. Yo quiero conocer mi origen, por humilde que sea. Quizás ésta, que, como mujer, se da aires de grandeza, se avergüenza de mi humilde origen. Yo, que a mí mismo me tengo por hijo de la Fortuna, que ha sido generosa conmigo, no me sentiré deshonrado; de esta madre he nacido. Los meses que conmigo nacieron me hicieron humilde y me engrandecieron. Habiendo nacido así, no podría parecer distinto de forma que ignorase mi origen.

CORO.-

(Estrofa)

Si yo soy adivino y de recto entendimiento, por el inmenso Olimpo, Citerón, no estarás el próximo plenilunio sin que te ensalce como patria, nodriza y madre de Edipo, sin que te celebre con mis cantos por haber traído dicha a mi señor. ¡Oh Febo salvador, ojalá ello te sea grato!

(Antístrofa)

¿Cuál, hijo, de entre las divinidades que los montes frecuentan, unida al padre Pan te parió? ¿Acaso algu-

na compañera de Loxias? Pues le son gratas todas las llanuras agrestes. Quizás el que reina en Cilene o el dios Baco, que habita en la cima de las montañas, te recibió como un hallazgo de manos de las Ninfas del Helicón, con las que a menudo juguetea.

EDIPO.- Ancianos, si he de hacer suposiciones, aunque nunca haya tenido trato con él, creo que estoy viendo al pastor que desde hace tiempo buscábamos. En lo que se refiere a lo avanzado de su edad concuerda con este hombre y además reconocí a los que lo traen como sirvientes míos. Pero en su conocimiento probablemente tú me aventajes, por haber visto antes al pastor.

CORIFEO.- Lo he reconocido, tenlo por seguro. Era pastor de Layo, fiel como ningún otro.

EDIPO.- A ti te pregunto en primer término, extranjero de Corinto. ¿A ése te referías?

MENSAJERO.- A ése que ves.

EDIPO.- Eh tú, anciano, contesta mirándome a la cara lo que te pregunto. ¿Eras tú siervo de Layo?

CRIADO.- Era esclavo, no comprado, sino criado en palacio.

EDIPO.- ¿De qué tarea te ocupabas, qué clase de vida llevabas?

CRIADO.- La mayor parte de mi tiempo acompañaba a los rebaños.

EDIPO.- ¿Qué lugares eran los que más frecuentabas?

CRIADO.- El Citerón y las zonas vecinas.

EDIPO.- Entonces, ¿conoces a este hombre por haberlo visto allí?

CRIADO.- ¿Haciendo qué? ¿Qué hombre dices?

EDIPO.- Ése que está ahí. ¿Tuviste trato con él alguna vez?

CRIADO.- No de modo que de inmediato pueda decirlo de memoria.

MENSAJERO.- No es nada extraño, señor, pero yo le haré recordar con claridad lo que ha olvidado. Bien sé que recuerda cuando por tres temporadas de seis meses completos, desde la primavera hasta Arturo, frecuentaba en su compañía la zona del Citerón, él con dos rebaños y yo con uno. Con el invierno, yo llevaba mis rebaños a mis majadas y él a los establos de Layo. ¿Digo lo que sucedió realmente, o no?

CRIADO.- Dices la verdad, aunque hace mucho tiempo.

MENSAJERO.- Ea, di ahora. ¿Reconoces que entonces me entregaste un niño para que lo criase como mi propio hijo?

CRIADO.- ¿A qué viene esto? ¿Para qué mencionas esa historia?

MENSAJERO.- Éste, amigo, es el que entonces era un crío.

CRIADO.- ¿No te morirás? ¿No callarás?

EDIPO.- No le reprendas, anciano, pues tus palabras más que las tuyas precisan reprimenda.

CRIADO.- ¿En qué te faltó, excelentísimo señor?

EDIPO.- En no mencionar al niño al que éste se refiere.

CRIADO.- Habla sin saber nada, en vano se fatiga.

EDIPO.- Por las buenas no hablarás, pero hablarás por las malas.

CRIADO.- Por los dioses, no me ultrajes, que soy un anciano.

EDIPO.- ¿No le atará alguien ahora mismo las manos por detrás?

CRIADO.- ¿Por qué, desdichado de mí? ¿Qué quieres saber?

EDIPO.- ¿Le entregaste a éste el niño del que habla?

CRIADO.- Se lo entregué. ¡Ojalá hubiera muerto ese día!

EDIPO.- Así vas a acabar si no me dices lo que debes.

CRIADO.- Mucho más muerto estoy si hablo.

EDIPO.- Al parecer, este hombre da largas al asunto.

CRIADO.- De ninguna manera, te dije ya que se lo entregué.

EDIPO.- ¿De dónde lo cogiste? ¿Era tuyo propio o de algún otro?

CRIADO.- Mío no era, lo recibí de manos de otro.

EDIPO.- ¿De cuál de estos ciudadanos, y de qué casa?

CRIADO.- ¡Señor, por los dioses, no investigues más!

EDIPO.- Muerto estás si de nuevo he de preguntarte esto.

CRIADO.- Era uno de la casa de Layo.

EDIPO.- ¿Esclavo, o nacido de su propia sangre?

CRIADO.- ¡Ay de mí! Estoy en el momento terrible de hablar.

EDIPO.- Y yo de oírlo, pero a pesar de ello he de oírlo.

CRIADO.- Se le tenía por hijo suyo. Pero tu mujer, que está dentro, es la que mejor te puede decir cómo sucedió esto.

EDIPO.- ¿Fue ella quien te lo entregó?

CRIADO.- Sí, rey.

EDIPO.- ¿Con qué finalidad?

CRIADO.- Para que lo matase.

EDIPO.- ¿Habiéndole dado el ser, la desgraciada?

CRIADO.- Por temor a unas funestas profecías.

EDIPO.- ¿A cuáles?

CRIADO.- Se decía que él habría de matar a sus padres.

EDIPO.- ¿Por qué entonces se lo confiaste tú a ese anciano?

CRIADO.- Por compasión, señor; creía que lo llevaría a otro país, de donde él mismo procedía. Y él lo salvó

para grandes desdichas. En efecto, si eres el que él dice, ten presente que has nacido con mal sino.

EDIPO.- ¡Ay, ay! Todo se cumple con precisión. ¡Oh luz, ojalá por postrera vez te contemple ahora! Patente ha quedado que nací de quienes no debía, con quienes no era menester cohabité y a quienes no debía di muerte.

CORO.-

(Estrofa 1)

¡Oh, generaciones de los mortales! ¡Cómo, en lo que vuestra vida dura, igual a la nada os considero! Pues ¿quién, qué hombre de la felicidad consigue algo más que la apariencia y, cuando la obtiene, decae? Con tu ejemplo, con tu sino presente, desdichado Edipo, ya no consideraré feliz nada relativo a los mortales.

(Antístrofa 1)

Tu, que apuntando a lo más alto alcanzaste la más venturosa dicha, oh Zeus, tras haber destruido a la profética virgen de corvas uñas, te erigiste en baluarte defensor de mi país frente a la mortandad. Por ello fuiste aclamado rey mío y recibiste los mayores honores cual soberano de la gran Tebas.

(Estrofa 2)

Ahora, ¿de quién se puede oír una historia más desdichada? ¿Quién es el que convive con amargos pesares

entre fatigas por un cambio de su vida? ¡Oh ilustre Edipo, a quien un mismo amplio puerto acogió como hijo, como padre y como esposo, para caer! ¿Cómo, cómo pudieron los senos fecundados por tu padre soportarte en silencio por tanto tiempo?

(Antístrofa 2)

A pesar tuyo dio contigo el que todo lo ve, Crono; tus pasadas bodas, que no son bodas, condenó, y al que engendró y al engendrado. ¡Ay, hijo de Layo! ¡Ojalá nunca te hubiera visto! Gimo como si vertiera de mi boca ayes. A decir verdad, gracias a ti tuve un respiro y por tu causa cierro los ojos.

MENSAJERO.- ¡Oh, los que mayor honra recibís de este país! ¡Qué sucesos vais a escuchar, qué escenas vais a contemplar, qué dolor tendréis si aún por vuestro origen os preocupáis de la casa de Lábdaco! Creo que ni el Istro ni el Fasis podrán limpiar este palacio de cuanto esconde, sino que los crímenes voluntarios e involuntarios al punto saldrán a la luz. Pues de las calamidades, las que más apenas son las que aparecen como voluntarias.

CORIFEO.- Tampoco las que antes conocíamos dejaban de ser agobiantes. Aparte de ellas, ¿cuál otra dices?

MENSAJERO.- Será la noticia más breve de decir y de entender: la divina Yocasta ha muerto.

CORIFEO.- ¡Desdichada! ¿Por qué motivo?

MENSAJERO.- Ella, por sí misma. De lo sucedido falta lo más doloroso, pues no me fue dado verlo. De todas formas, en la medida en que lo recuerde, conocerás los padecimientos de aquella desdichada. Cuando presa de la ira atravesó el vestíbulo, se dirigió de inmediato a la cámara nupcial, mesándose los cabellos con ambas manos. Cerrando por dentro, en cuanto entró, las puertas, se pone a llamar a Layo, muerto tiempo atrás, y a recordar su antigua simiente, a manos de la que, por un lado, él mismo encontró la muerte y, por otro, la dejó para que engendrarse con su propio hijo una malhadada descendencia. Y deploraba su lecho, donde, para su desgracia, de su marido tuvo un marido e hijos de su hijo. Tras esto, de qué forma murió, no lo sé. Pues irrumpió gritando Edipo, por ello no pudimos contemplar la desdicha de la reina, sino que nos fuimos junto a él, que de un lado para otro iba. Deambulaba pidiéndonos que le proporcionásemos una espada y a la mujer, que su mujer ya no era, sino doble seno materno, para sí y para sus hijos. En medio de su ira una divinidad se la muestra, ninguno de los hombres que por allí cerca nos hallábamos. Dando un terrible alarido, se lanza contra las dobles puertas como impulsado por alguien, arranca de cuajo los cerrojos en ellas empotrados y penetra en la estancia. Allí vemos colgada a su mujer, suspendida de una trenzada sogá. Cuando él la ve, dando el desdichado horrorosos

bramidos, suelta la sogá de la que pendía. Una vez que la desdichada estuvo tendida en tierra, fue terrible lo que allí vimos. Arrancándole de sus vestiduras las doradas fíbulas que las adornaban, las alza y hiere con ellas las órbitas de sus propios ojos diciendo las siguientes palabras: que ya no verían, ni a él ni a las atrocidades que había padecido ni las que había hecho; por el contrario, en lo sucesivo sumidos en la obscuridad, habrían de ver a los que no debían, y no habrían de reconocer a los que deseaba. Profiriendo estas lamentaciones, una y otra vez se golpeaba y desgarraba los párpados; al tiempo que se ensangrentaban sus pupilas, se teñían de sangre sus mejillas. No fluían gotas de sangre fresca, sino que una oscura lluvia y un sanguinolento granizo lo bañaban. Estas son las calamidades que en los dos han tenido su origen, no en uno solo, calamidades compartidas por el marido y la mujer. La dicha pretérita en verdad era dicha pasada. Ahora, desde este día, es gemido, maldición, muerte, oprobio; de cuantos nombres de desdicha existen, no falta ninguno.

CORIFEO.- ¿Y ahora el desdichado ha hallado algún respiro a su desdicha?

MENSAJERO.- Pide a gritos que se abran los cerrojos y que se muestre a todos los cadmeos al parricida, al de madre..., profiriendo blasfemias que no puedo repetir: que se echará a sí mismo fuera de este país y que no ha

de permanecer en palacio cargado con las maldiciones que él mismo pronunció. Sin embargo, precisa apoyo y alguien que lo guíe, pues su mal es más de lo que puede soportar. Te lo va a mostrar, pues los cerrojos de las puertas se están abriendo; enseguida vas a contemplar una escena que incluso a quien lo odiase conmovería.

CORO.- *¡Oh, padecimiento terrible de contemplar para los hombres! ¡ Oh, el más terrible de cuantos yo haya visto! Desdichado, ¿qué locura te sobrevino? ¿Qué divinidad, poderosa entre las más poderosas, es la que se ha sumado a tu infausto sino? ¡Ay, desdichado! Ni siquiera soy capaz de mirar hacia ti, aunque muchas cosas quiero preguntarte, muchas saber, muchas ver. Tal es el pavor que me causas.*

EDIPO.- *¡Ay, ay, desdichado de mí! ¿A que país iré en mi desdicha? ¿Hacia dónde vuela rauda mi voz? ¡Oh, divinidad! ¿Dónde me precipitaste?*

CORO.- *A un lugar terrible, donde ni escuchar ni ver se puede.*

EDIPO.-

(Estrofa 1)

¡Ay, nube de obscuridad abominable, que sobre mí se abate de forma inefable, imposible de domeñar, arras-trada por funesto viento! ¡Ay de mí! ¡Ay de mí una vez

más! ¡Cómo me traspasó la punta de estos alfileres y el recuerdo de mis desgracias!

CORIFEO.- Tampoco es nada extraño que en tal aflicción tengas doble duelo y padezcas dobles males.

EDIPO.-

(Antístrofa 1)

¡Ay, amigo! Tú eres ya mi único compañero. Aún tienes paciencia para preocuparte de este ciego. ¡Ay, ay! No me pasas inadvertido, sino que, aún en las tinieblas, reconozco tu voz.

CORIFEO.- ¡Terribles acciones cometiste! ¿Cómo te atreviste a dañar así tus ojos? ¿Qué divinidad te empujó?

EDIPO.-

(Estrofa 2)

De Apolo, amigos, proviene esto, Apolo fue el que provocó mis desdichas y terribles sufrimientos. Pero nadie lo ejecutó con su propia mano, sino yo mismo en mi desdicha. ¿Pues por qué había yo de ver, si nada me era grato de contemplar?

CORO.- *Era tal como tú dices.*

EDIPO.- *¿En verdad que hay para mí digno de ver o de amar? ¿Qué saludo me es dado oír con placer, amigos? Llevadme fuera del país lo más rápido que*

podáis, apartad, amigos, a este gran criminal, a este ser maldito, el más odioso de entre los mortales para los dioses.

CORO.-

(Antístrofa 2)

Desdichado, por tu desgracia y por ser consciente de ella ¡Cómo quisiera no haberte jamás conocido!

EDIPO.- *Ojalá pereciera el que en los pastos soltó los crueles cepos de mis pies, me libró de la muerte y me salvó, sin que hiciera nada digno de agradecimiento. Si entonces hubiera muerto, no hubiera sido causa de tal duelo para mis seres queridos, ni para mí mismo.*

CORO.- *Así también yo lo habría querido.*

EDIPO.- *Ciertamente no me habría convertido en asesino de mi padre, ni me hubieran llamado los hombres novio de quien me dio el ser. Por el contrario ahora estoy alejado de los dioses, hijo de impíos soy, común descendencia tengo con quienes me engendraron. Si todavía existe una desgracia más grave que la propia desgracia, ésta le tocó en suerte a Edipo.*

CORIFEO.- *No puedo asegurar que hayas tomado una decisión acertada; mejor estarías muerto que vivo y ciego.*

EDIPO.- No me digas que no he obrado de la mejor forma posible, ni me des más consejos. En verdad no sé con qué ojos podré mirar a la cara a mi padre ni a mi desdichada madre cuando llegue al Hades, pues las acciones que contra ambos he realizado merecen más que la horca. ¿Acaso la visión de mis hijos, engendrados como lo fueron, me iba a ser grata de ver? De ninguna manera; con mis ojos, nunca. Ni tampoco la ciudad, ni la fortaleza, ni las sagradas imágenes de los dioses; de ello me privé yo, el desdichado, el hombre mejor considerado de Tebas, cuando yo mismo ordené que todos rechazaran al impío, a quien los dioses mostraron impuro y perteneciente a la estirpe de Layo. Habiendo encontrado en mí tal mancha, ¿les iba yo a mirar con mirada franca? En absoluto. Es más, si fuera posible taponar en mis oídos la fuente que recoge los sonidos, no me abstendría de tapiar mi desdichado cuerpo, de manera que estuviera ciego y no oyese nada, pues es grato que la mente viva libre de desgracias.

¡Ay, Citerón! ¿Por qué me diste cobijo? ¿Por qué cuando me acogiste, no me mataste de inmediato para que no llegara a mostrar a los hombres cuál era mi origen? ¡Oh Pólibo y Corinto y antiguo palacio, paterno de palabra, qué belleza, llena por dentro de males, criasteis! Ahora, malvado entre los malvados he sido hallado. ¡Oh, tres caminos y escondida cañada, y encinar y desfiladero de triple senda que de mis manos bebisteis mi sangre y la de mi padre! ¿Os acordáis de mí, de qué

acciones contra vosotros allí cometí y de cuáles, aquí llegado, ejecuté una vez más? Nupcias, nupcias, me disteis el ser y, germinando de nuevo, produjisteis la misma semilla y sacasteis a la luz padres, hermanos, hijos, sangre de común estirpe, y novias que son esposas y madres, y cuantas acciones más abominables existen entre los hombres. Pero, puesto que no se debe hablar de lo que no es correcto hacer, por los dioses, ocultadme en algún sitio fuera de aquí lo más rápido que podáis, o matadme, o arrojadme al mar, donde nunca en adelante me veáis. ¡Ea! Dignaos tocar a un hombre infeliz. Obedecedme, no temáis. Ninguno de entre los mortales sino yo puede soportar mis males.

CORIFEO.- A propósito de lo que pides, he aquí que oportunamente se presenta Creonte para actuar, o para dar un consejo, ya que es el único que ha quedado en lugar tuyo, como guardián de este país.

EDIPO.- ¡Ay de mí! ¿Qué le voy a decir? ¿Por qué razón me va a prestar crédito, si antes fui tan malvado con él?

CREONTE.- No vine, Edipo, para burlarme de ti, ni para reprocharte ninguno de tus pasados males. Pero si ya no sentís pudor ante las generaciones de los mortales, respetad al menos el resplandor del soberano Helio que todo lo nutre, no mostréis al descubierto ese ser impuro, a quien ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogen. Conducidlo de inmediato dentro de palacio,

pues sólo para los de la familia es piadoso ver y oír los males familiares.

EDIPO.- Puesto que me has sacado de mi opinión al acudir lleno de bondad junto a mí, que soy el más perverso de los hombres, atiéndeme en lo que te voy a decir en provecho tuyo, no mío.

CREONTE.- ¿Qué es lo que suplicas obtener con tanta urgencia?

EDIPO.- Arrójame fuera de este país, sin demora, adonde no pueda dirigir la palabra a ningún mortal.

CREONTE.- Ya lo habría hecho, ten la seguridad de ello, si no fuera preciso preguntar antes al dios qué se ha de hacer.

EDIPO.- Absolutamente clara fue la respuesta de aquél, aniquilarme a mí, el parricida, el impío.

CREONTE.- Así se dijo; sin embargo, dado lo delicado del trance en que nos hallamos, es preferible preguntar qué se ha de hacer.

EDIPO.- ¿Es que vais a consultar en pro de un hombre tan desdichado?

CREONTE.- Así también tú ahora darás crédito al dios.

EDIPO.- A ti te encomiendo y suplico que dispongas de la que yace en palacio; organiza el funeral como desees, pues en pro de los tuyos obrarás como es debido. En cuanto a mí, que nunca esta ciudad se digne tenerme como habitante mientras viva, sino que se me permita vivir en los montes donde está ese mi Citerón, que mi padre y mi madre en vida dispusieron para que fuera mi propia sepultura, de manera que muera a manos de quienes trataron de exterminarme. Sin embargo tan sólo esto sé, que ni la enfermedad ni ninguna otra cosa me destruirán, pues estando a punto de morir, no habría sido salvado si no fuera para algún terrible mal. Pero vaya mi destino a donde tenga que ir. De mis hijos varones, Creonte, no tengas cuidado, pues hombres son, de manera que, donde se hallen, no carecerán de medios de vida. Por el contrario, de mis dos niñas, infelices y dignas de lástima para las que nunca se dispuso aparte mi mesa sin su presencia, sino que de todo cuanto yo tocaba tenían ellas siempre su parte, de ellas preocúpate. Y sobre todo, déjame tocarlas y lamentar mis desdichas. ¡Vamos, señor de noble estirpe! Si con mis manos las toco, creeré que las tengo como cuando tenía vista. ¿Qué estoy diciendo? ¡Por los dioses! ¿No oigo llorar a mis dos muchachas queridas? ¿Es que Creonte ha tenido compasión y ha enviado a mi lado a mis vástagos más queridos? ¿Digo verdad?

CREONTE.- La dices, yo soy el responsable de ello y me doy cuenta de tu actual gozo por el que antes tenías.

EDIPO.- ¡Ojalá seas feliz y te proteja la divinidad mejor que a mí, por habérmelas enviado! ¡Hijas! ¿Dónde estáis? Venid aquí, acercaros a estas mis manos fraternas, que hicieron que se vean así los ojos, antes brillantes, del padre que os dio el ser: yo, que, sin verlo ni preguntarlo, os resulté progenitor del mismo sitio en que fui engendrado. Por vosotras lloro, ya que no puedo veros, al pensar en las amarguras que os restan por vivir, en qué futuro habréis de vivir junto a los hombres. Pues ¿a qué reuniones de los ciudadanos os llegaréis, a qué fiestas de las que podáis regresar a casa sin llorar en vez de admirar el espectáculo? Y cuando lleguéis a la edad de casaros, ¿quién será el hombre, quién, hijas, se arriesgará a aceptar tal vergüenza, que daño os causará al tiempo a vosotras y a mis padres? ¿Qué desgracia falta? Vuestro padre a su padre mató, a la que le dio el ser fecundó donde él mismo fue engendrado y, del mismo sitio de donde nació, os obtuvo. Tales reproches os harán; y, después de esto, ¿quién os desposará? Nadie, probablemente habréis de morir estériles y célibes. ¡Hijo de Meneceo, ya que eres el único padre que les resta, pues nosotros dos, que las engendramos, hemos muerto, no permitas que tus parientes anden errantes, mendigas y sin marido, ni las equipares a mí en desgracias. Compadécete de ellas, viendo que a su edad de todo carecen, excepto en lo que de ti depende. Promételo, noble señor, tocándome con tu mano. A vosotras, hijas, si tuvierais uso de razón, muchas cosas os recomendaría, pero ahora dese-

adme esto: que, donde tengáis ocasión de vivir, consigáis una vida mejor que el padre que os engendró.

CREONTE.- Bastantes lágrimas has derramado ya; entra en palacio.

EDIPO.- Es menester obedecer, aunque no sea agradable.

CREONTE.- Todo en su momento es bueno.

EDIPO.- ¿Sabes con qué condición entraré?

CREONTE.- Dila y lo sabré tras oírte.

EDIPO.- Que me envíes fuera del país.

CREONTE.- Me pides algo que corresponde al dios.

EDIPO.- Muy odioso he llegado a ser a los dioses.

CREONTE.- Entonces lo obtendrás enseguida.

EDIPO.- ¿Me lo aseguras?

CREONTE.- Lo que no pienso, no suelo afirmarlo en vano.

EDIPO.- Entonces, sácame ya de aquí.

CREONTE.- Marcha y deja a tus hijas.

EDIPO.- De ninguna manera me las quites.

CREONTE.- No quieras mandar en todo, pues tampoco aquello en lo que mandabas te ha acompañado en tu vida.

CORIFEO.- ¡Oh habitantes de nuestra patria Tebas, contemplad a ese Edipo, que entendía los famosos enigmas y era un hombre poderoso, cuya fortuna miraban con envidia todos los ciudadanos, a qué abismo de terrible desdicha ha llegado! Así pues, siendo mortal, presta atención a ver el último día y no te consideres feliz antes de traspasar la meta de la vida sin sufrir dolor alguno.

